

— Sí, sí madre, y María se vendrá conmigo.

— Que vaya, dijo la madre, porque ya está visto que la una no puede estar sin la otra.

— Y yo, dijo la señora Adela sentándose enfrente de una mesa, comenzaré la lista para utilizar el tiempo, pues á las cuatro hemos de estar otra vez en Bouqueval.

— ¿Á las cuatro? preguntó madama Dubreuil, ¿y á qué tanta prisa?

— Porque María tiene que estar en casa del señor cura á las cinco.

— ¡Oh! si es cosa del señor cura, nada tengo que decir. Ahora voy á dar órdenes para que todo se haga como decís, y al mismo tiempo dejaremos solas á estas muchachas, que sin duda no tendrán poco de que hablar. Marcharemos á las tres.

— Corriente: vamos, Clara, ve, ve con María.

Mientras la señora Adela escribía, madama Dubreuil salió por un lado y las dos jóvenes por otro, seguidas de la muchacha que había anunciado la llegada de la lechera.

— ¿En dónde está esa pobre mujer? preguntó Clara.

— En el corral con sus hijos, el carrito y el jumento.

— Verás cuán pálida está esa infeliz, dijo Clara tomando el brazo de María, y qué aire tan triste tiene vestida de luto. La última vez que vino á verse con mamá me lastimó mucho, porque lloraba á mares hablando de su marido, y luego dejaba de llorar de repente y le daban unos accesos terribles de furor contra el asesino. Entonces me asustaba, porque ponía una cara espantosa; ¡pobre mujer! su quebranto es muy natural. ¿Qué gentes hay tan desgraciadas! ¿No es cierto, María?

— ¡Oh! y tan cierto, contestó suspirando con aire distraído, hay gentes muy desgraciadas, tenéis razón, señorita.

— ¡Vaya! exclamó Clara dando una patada en el suelo con un aire impaciente y triste: ¿Con qué todavía me tratas de vos, y me llamas señorita? ¿Estás enfadada conmigo?

— ¿Enfadada yo? no en verdad.

— Pues sino, ¿por qué me dices de vos? Mi madre y la señora de Adela te han reñido ya por esto, bien lo sabes; y si no te enmiendas, se los diré para que te riñan.

— Perdóname, Clara, estaba distraída.

— ¡Distraída, cuando me ves al cabo de ocho días de estar separadas! dijo Clara con acento triste. Distraída ya sería una cosa muy mala; pero no es eso, no, María; al fin y al cabo me obligarías á creer que eres orgullosa.

María se puso pálida como un cadáver y no contestó á estas palabras. Á su vista la enlutada viuda había lanzado un grito de cólera y horror. Aquella

mujer era la lechera que todas las mañanas le vendía leche á María cuando estaba en el figón del Conejo Blanco.

XI

LA LECHERA

La escena de que vamos á ocuparnos pasa en uno de los corrales de la granja y en presencia de los labradores y criadas que iban viniendo del campo por ser la hora de comer.

Debajo de un cobertizo había un carrito en que estaba el miserable y rústico ajuar de la viuda, que comenzaba á descargar un niño de doce años con la ayuda de dos hermanos menores. La lechera, vestida de negro, era una mujer de cuarenta años, con rostro tosco, varonil y resuelto, y tenía los ojos inflamados de puro llorar. Al ver á María lanzó un grito de espanto; mas bien pronto el dolor, la indignación y la cólera contrajeron sus facciones, y precipitándose sobre la joven, la cogió bruscamente por el brazo, y dijo mostrándola á todas las personas allí juntas: He aquí á una miserable que conoce al asesino de mi marido: mil veces la he visto hablar con ese malvado cuando yo vendía leche en la esquina de la calle de la Vieille-Draperie, á donde venía todas las mañanas á comprarla: ella ha de saber quién es el matador, porque es de la trineca de todos esos bandidos; oh! no te escaparás, malvada, gritó la lechera, agarrando al mismo tiempo por el otro brazo á María que asustada y convulsa hacía esfuerzos para huir. Sorprendida Clara ante esta súbita agresión, no había podido decir ni una palabra; mas al ver tanta violencia gritó dirigiéndose á la viuda:

— Estáis loca, el dolor os perturba, os equivocáis.

— ¡Me equivoco! replicó la aldeana con amarga ironía, ¡me equivoco! no, no me equivoco. Miradla cuán pálida está; mirad cómo da diente con diente. La justicia te hará hablar, desdichada: ahora mismo vas á venir á casa del señor alcalde, ¿lo oyes? ahora mismo; y si tratas de hacer resistencia, tengo buenos puños y te llevaré á la fuerza.

— Sois una insolente, exclamó Clara exasperada; salid de aquí. ¿Cómo os atrevéis á tratar de este modo á mi amiga, á mi hermana?

— ¡Vuestra hermana! Señorita, vos sois la que estáis loca, dijo groseramente la viuda: ¡Vuestra hermana! ¡una moza perdida que durante medio año ha ido por las calles de la Cité entre ladrones, asesinos y rameras!

Á tales palabras los labradores comenzaron á hablar contra María, porque naturalmente abrazaron el partido de la lechera que era de su clase, y cuyas

desgracias movían á lástima. Los tres hijos oyendo los gritos de su madre fueron á ella, y la rodearon llorando sin saber de qué se trataba. La vista de aquellos infelices vestidos de luto redobló el interés que la viuda inspiraba, y aumentó la cólera de los labradores contra María. Clara, llena de miedo al ver, aquellas demostraciones casi amenazadoras, dijo con voz conmovida á la gente de la granja: haced salir á esa mujer, porque os repito que el dolor la ciega. Perdónala, María, perdónala, porque no sabe lo que dice. La infeliz María pálida y con la cabeza baja para ocultar el rostro estaba muda, anonadada, inerte, y no hacía movimiento alguno para evitar las recias sacudidas de la robusta lechera. Clara atribuyendo este abatimiento al terror que semejante escena causaba á su amiga, dijo otra vez á los labradores: ¿No oís lo que os he dicho? os mando que echéis de aquí á esta mujer; y ya que continúa injuriando, á fin de castigar su insolencia no ocupará aquí el lugar que mamá la había destinado, ni en su vida volverá á poner los pies en esta granja.

Ningún labrador se movió del sitio para obedecer las órdenes de Clara, y uno de ellos tuvo el atrevimiento de decir: — Vaya, señorita, si esa muchacha es una mujer perdida y conoce al asesino, es preciso que venga á casa del alcalde.

— Os repito que nunca volveréis á entrar en la granja, dijo Clara á la lechera, á menos que ahora mismo pidáis perdón á María por las insolencias que le habéis dicho.

— ¿Me echáis de la casa, señorita? ¡Cómo ha de ser! exclamó la viuda. Vamos, desdichados huérfanos, cargad otra vez el carro, iremos á gauarnos la vida como Dios quiera. Dios se compadecerá de nosotros; pero al irnos llevaremos á casa del alcalde á esa miserable y allí la obligarán á declarar quién es el asesino de mi infeliz marido, ya que ella conoce á toda la cuadrilla. Porque sois rica, señorita, añadió con insolencia dirigiéndose á Clara, porque tenéis amigas entre mujeres como esas, no por esto habéis de tratar á los pobres con tanta dureza.

— Es verdad, dijo un labrador, la lechera tiene razón. ¡Pobre mujer!

— Se queja muy justamente. Han asesinado á su marido y nada tan justo como lo que dice.

— No puede impedirsele que haga lo posible á fin de descubrir á los malvados que la han hecho tan desgraciada. Es una injusticia que se la despida.

— ¿Es culpa suya si la amiga de la señorita Clara es una moza de las que andan perdidas por las calles?

— Por una bribona como esa, no debe echarse de casa á una mujer honrada, á una madre de familia. Los murmullos iban tomando un tono amenazador, cuando Clara exclamó: ¡Bendito sea Dios! aquí viene mamá.

En efecto, madama Dubreuil saliendo del pabellón atravesaba el corral. Vamos,

Clara, vamos, María, les dijo acercándose al grupo, ¿venís á almorzar? vamos, hijas mías, vamos, que es tarde.

— Mamá, exclamó Clara, defended á mi hermana contra esa mujer, que la está insultando: por amor de Dios, mandad que la echen de aquí. ¡Si supieseis cuántas insolencias se ha atrevido á decir á María!

— ¿Cómo es eso? ¿Á qué viene tanta audacia?

— Sí, mamá, mirad cómo tiembla, ¡pobre hermanita mía! apenas puede tenerse en pie: es vergonzoso para nosotros que esto suceda en casa. Perdona, María, perdona, yo te lo pido por Dios. — ¿Pero qué significa esto? preguntó la señora mirando en rededor con aire inquieto, después de haber visto el abatimiento de María.

— La señora será justa, dijeron los labradores.

— Tú, tú, serás la echada de casa, dijo la viuda dirigiéndose á María.

— ¿Con qué es cierto, exclamó madama Dubreuil, que os atrevéis á hablar de este modo á la amiga de mi hija? ¿Es esta la gratitud con que correspondéis á mi bondad? Dejad en paz á esta joven.

— Os respeto, señora, y agradezco mucho vuestras bondades: mas antes de acusarme y de mandar que se me eche de esta casa, preguntad á esa desgraciada: quizás no tendrá la desvergüenza necesaria para negar que la conozco, y que también ella me conoce.

— ¡Dios mío! ¿oís, María, lo que dice esta mujer? exclamó madama Dubreuil con la mayor sorpresa.

— ¿Te llamas la Cantaora ó no? preguntó la viuda.

— Sí, contestó aquella infeliz en voz baja y alterada, sin mirar á madama Dubreuil, si, ese es el nombre que me daban.

— ¡Ah! ¿no lo veis? gritaron los labradores con ira: Lo confiesa, lo confiesa.

— Lo confiesa... pero qué es lo que confiesa? exclamó madama Dubreuil medio espantada por la confesión de María.

— Dejad que me conteste, señora, dijo la viuda y confesaré que vivía en una casa infame de la calle de Feves en la Cité, en donde todas las mañanas yo le vendía un sueldo de leche; confesaré que delante de mí ha hablado cien veces con el asesino de mi marido; ella lo conoce, no me cabe duda, es un joven pálido que fumaba mucho, que vestía gorra, blusa y llevaba los cabellos largos; ella sabe su nombre, ¿no es verdad? responde, desdichada.

— Tal vez habré hablado alguna vez con el asesino de vuestro marido, porque desgraciadamente en la Cité hay muchos asesinos, contestó María con desfallecida voz, pero no sé de quién habláis.

— ¿Cómo! ¿qué es lo que dice? preguntó horrorizada madama Dubreuil, ¿qué ha hablado con asesinos?

— Las mujeres como ella no se tratan más que con esa clase de gentes.

Madama Dubreuil, sorprendida al principio por tan extraña revelación que las últimas palabras de María confirmaban, lo comprendió todo, retrocedió espantada, trajo á sí con violencia á Clara, que se había acercado á su amiga á fin de sostenerla, y exclamó: ¡ Qué horror! Huye, Clara, no te acerques á esa desgraciada. ¿ Pero cómo es posible que la señora Adela la haya admitido en su casa? ¿ Cómo ha tenido la audacia de presentármela y permitir que mi hija?... ¡ Dios mío, Dios mío! ¡ Esto es horrible! No puedo creer lo que estoy viendo. No, la señora Adela no es capaz de indignidad semejante; sin duda la han engañado como á nosotras; á no ser así, hubiera procedido de otro modo.

Clara desconsolada y estremecida el ver semejante escena creía que estaba soñando. Su cándida ignorancia no le permitía comprender los terribles cargos que lanzaban sobre su amiga: su corazón se hacía pedazos y sus ojos se llenaron de lágrimas viendo el estupor de María, que permanecía muda y aterrada, como un criminal ante sus jueces.

— Ven, ven, hija mía, dijo madama Dubreuil á Clara, y en seguida dirigiéndose á María exclamó: Y vos, criatura indigna, Dios castigará vuestra hipocresía. ¡ Permitir que mi hija, que es un ángel de virtud, os llamara amiga y hermana! ¡ Su amiga y su hermana! ¡ Vos, escoria de lo más vil é infame que hay en el mundo! ¡ Qué desvergüenza! ¡ Atreverse á alternar con las personas de honor cuando debierais estar en la cárcel con los vuestros!

— Sí, sí, gritaron los labradores, ha de ir á la cárcel porque conoce al asesino.

— Y quizás es su cómplice.

— ¿ Ves como en el cielo hay justicia? dijo la viuda enseñando los puños á María.

— Vos, dijo la señora á la lechera, lejos de iros, veréis de qué manera agradezco el favor que me habéis hecho descubriendo á esta miserable.

— Perfectamente, gritaron los labradores, nuestra ama es justa.

— Vamos, Clara, repitió madama Dubreuil: la señora Adela nos dará explicaciones acerca del modo como se ha conducido con nosotras, y de lo contrario, nunca más la veré, porque si no la han engañado su comportamiento no tiene disculpa.

— Pero, mamá, mirad á esa pobre María...

— ¡ Ojalá la mate la vergüenza, ojalá! despreciala: no quiero que estés un momento cerca de ella; una joven como tú se deshonra si habla con una mujer tan infame.

— ¡ Dios mío! ¡ mamá! dijo Clara haciendo resistencia á su madre que quería llevársela, yo no sé lo que significa todo esto; María podrá ser culpable puesto que lo decís, pero mirad cómo desfallece: que os merezca compasión.

— ¡ Ah señorita Clara! exclamó María, echando á su protectora una mirada de gratitud, vos sois buena y me perdonáis; si os he engañado ha sido bien á pesar

mío: creedme: ¡ oh! sí, por Dios creedme, me lo he echado en cara muchas veces.

— Mamá, gritó Clara con acento desesperado, vos no tenéis piedad.

— ¡ Piedad para ella! Si no fuera porque la señora Adela nos libraría de su presencia la haría echar de la granja como una apestada. Madama Dubreuil arrastró á pesar suyo á su hija que volviéndose por última vez hacia María gritó: ¡ María, hermana mía! yo no sé de que te acusan, pero estoy segura de que eres inocente y te amo como siempre.

— Calla, calla, dijo la madre tapándole la boca; por fortuna todo el mundo es testigo de que después de ese horroroso descubrimiento no has estado ni un minuto á solas con esa moza perdida, ¿ no es así, amigos míos?

— Sí, señora, sí: dijo un labrador, nosotros somos testigos de que la señorita no ha estado ni un instante á solas con esta moza que será una ladrona puesto que conoce á los asesinos.

Madama Dubreuil haciendo un supremo esfuerzo se llevó á Clara dejando á María en medio del grupo amenazador formado en torno de ella. Á pesar de los vituperios de madama Dubreuil, la presencia de ésta y de Clara habían tranquilizado un poco á María, pero cuando se fueron las dos y se vió puesta á merced de los labradores, le faltaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en el pretil del abrevadero de los caballos. Nada más interesante que la posición de aquella desventurada, y nada tan imponente como las palabras y la actitud de los labradores que la redeaban. Inclineda sobre aquel duro brocal de piedra, con la cabeza hundida entre las manos, cubierto el cuello y el pecho con las puntas del pañuelo de indiana encarnada, estaba María inmóvil como la estatua del Dolor y de la Resignación. Á pocos pasos de ella la viuda del aseninado, triunfante y más exasperada aún por las imprecaciones de madama Dubreuil, señalaba la joven á sus hijos, y á los labradores con gestos de ira y de desprecio. Las gentes de la granja agrupadas en corro no disimulaban sus hostiles intentos, y sus groseras fisonomías expresaban á la vez la indignación y la más brutal é insultante ironía. En cuanto á las mujeres se mostraban más furiosas y provocativas. Tal vez la interesante belleza de María no era seguramente la causa que menos influía en aquel despiadado encarnizamiento. Hombres y mujeres no podían perdonarle que sus amos la hubiesen tratado hasta entonces como una igual; y como algunos labradores de Arnouville no pudieron presentar informes bastante satisfactorios para ser admitidos en Bouqueval, conservaban contra la señora Adela un oculto resentimiento, cuyos efectos iban á recaer sobre su protegida. Los primeros movimientos de los hombres poco cultos son siempre exagerados... en uno ú otro sentido; pero se hacen muy peligrosos, cuando la multitud cree que los errores verdaderos ó aparentes de aquellos á quienes aborrece autorizan su actitud. Aunque quizás la mayor parte de los trabajadores de la granja no tenían bastante derecho para mostrarse enemigos feroces

de la Cantaora, dijérase que se juzgaban contaminados por su presencia, y su pudor se resentía al ver á qué clase habia pertenecido aquella desgraciada que por su parte no negaba haber estado en contacto con asesinos. Todo esto era suficiente y más que suficiente para exaltar la cólera de aquellos campesinos, ya estimulados por el ejemplo de su ama.

— Llémosla á casa del alcalde, dijo uno.

— Sí, y si no quiere andar la llevaremos á empujones.

— ¿Y esta puerca se atreve á vestirse como nosotras que somos aldeanas honradas? añadió una de las más feas maritornes de la granja.

— Con ese aire de beatucha, repuso otra, le hubieran dado la comunión sin confesarla.

— ¡Desvergonzada! ¡venirse aquí como si nosotras fuésemos unasinde centes como ella!

— Ya le ha llegado su hora.

— Sí, y tendrás que hablar y descubrir al asesino, gritó la viuda. Todos sois de una camada, y todavía no estoy segura de si ese día te vi con ellos. Vamos, no llores ni suspires, porque te he conocido. Enséñanos esa linda cara. Y al decir esto de un tirón le hizo bajar las manos con que se cubría el rostro. María sofocada al principio por la vergüenza, comenzaba á estremecerse de espanto. Viéndose á merced de aquellos furiosos y juntando las manos volvió hacia la lechera los suplicantes ojos y le dijo con voz dulce: Señora: hace dos meses que estoy en la granja de Bouqueval y por lo mismo no he podido ser testigo de la desgracia de que habláis. La tímida voz de María quedó sofocada entre los gritos de todos los presentes que pedían se la llevase ante el alcalde á fin de que se explicara. Vamos, cara bonita, vamos, repetían, y el grupo amenazador la estrechaba más y más y más. María, cruzando las manos por un movimiento espontáneo, miraba despavorida á todas partes, como implorando socorro.

— Sí, sí, exclamó la lechera, puedes mirar alrededor, no está aquí la señorita Clara para defenderte, y ahora ya no te escaparás.

— ¡Ay de mí! dijo María temblando, no quiero escaparme, no pido sino que me dejéis contestar á cuanto me pregunten, si es que esto puede servir de algo, pero ¿qué daño he hecho yo á todos los que me rodean y me amenazan?

— Has tenido la desvergüenza de ir con nuestros amos, cuando nosotros que valemos mil veces más que tú no vamos con ellos.

— ¿Y por qué has querido, gritó otra, que echasen de aquí á esta infeliz mujer y á sus hijos?

— No fui yo, sino la señorita Clara la que lo dijo...

— Calla, la interrumpió un labrador, ni siquiera te has interesado por ella porque te gustaba ver que iba á quedarse abandonada.

— No, no, no se ha interesado por ella.

— ¡Una pobre viuda con tres huérfanos!

— Si no me he interesado, dijo María, es porque no tenía valor para decir una palabra.

— Pero te sobra para andar entre asesinos.

Como sucede siempre en todas las conmociones populares, aquellos hombres más brutos que malos, se irritaban, se exasperaban, se embriagaban con sus mismos gritos, y se iban inflamando en razón de las injurias y de las amenazas dirigidas á su víctima. Así es como el pueblo llega muchas veces, sin saberlo, por medio de una exaltación progresiva, á ejecutar las acciones más injustas y feroces. El círculo se apretaba más y más, todos gritaban, y la viuda estaba absolutamente fuera de sí. María, separada del profundo abrevadero por la sola pared en que se apoyaba, temió que la arrojasen al agua, y extendiendo las manos en actitud suplicante, exclamó: ¿Qué queréis de mí? por Dios, no me maltratéis. Y como la lechera continuaba esgrimiendo los brazos, y acercándose y poniéndole las manos casi en el rostro, María dejándose caer hacia atrás, y desatinada por el espanto, gritó: Por todos los santos del cielo no os acerquéis tanto; señora, vais á arrojarme al agua. Estas palabras sugirieron á aquella gente grosera una idea cruel. Sin pensar en hacer más que una de aquellas chanzas del pueblo que á veces suelen dejar á un hombre medio muerto, uno de los más frenéticos gritó: Si, sí, una zambullida, una zambullida.

— Si, sí, al agua, repetían todos con grandes carcajadas y voces.

— Si, sí, una buena zambullida, que no se morirá por eso.

— Así aprenderá á no meterse entre las personas honradas.

— Si, sí, al agua, al agua.

— Precisamente esta mañana hemos roto el hielo.

— La mujer perdida se acordará de la gente honrada de Arnouville.

Al oír María estos gritos inhumanos, estas bárbaras amenazas; al ver la exasperación de todos los rostros estúpidamente exaltados que la rodeaban, y que toda esa gente se acercaba para agarrarla, creyó que habia llegado su última hora, pero al primer movimiento de terror sucedió una especie de amarga complacencia. Veía el porvenir con tan negros colores, que mentalmente dió gracias al cielo porque trataba de abreviar sus quebrantos, y sin proferir ni una queja se dejó caer de rodillas, cruzó religiosamente las manos sobre el pecho, cerró los ojos, y esperó orando. Sorprendidos los labradores al ver la actitud y la muda resignación de María, vacilaron un momento en ejecutar su bárbaro proyecto; mas como las mujeres les vituperaban su cobardía, comenzaron á vociferar para darse ánimo, y uno de los más furiosos iba á coger á la víctima, cuando una voz alterada y penetrante gritó: « ¡deteneos! »

Era la señora Adela, que se habia abierto paso por entre aquella muche-

dumbre. Llegó al lado de María, que continuaba en la actitud misma, la cogió en sus brazos, alzóla del suelo, y dijo: « Arriba, hija mía, arriba: solo delante de Dios debe el hombre arrodillarse. » Ante la enérgica actitud de la señora Adela, la muchedumbre retrocedió y guardó silencio. La indignación había encendido el rostro de la señora que comunmente estaba pálido: dirigió á los labradores una mirada de entereza, y les dijo en voz alta y amenazadora: ¡ Desdichados! ¿ no os avergonzáis de cometer tales violencias contra una niña?

— Es una...

— Es mi hija, gritó la señora Adela interrumpiendo al que hablaba, es mi hija, y el señor cura Laporte, á quien todo el mundo bendice y respeta, la ama y la protege; y aquellos á quien él estima, han de ser respetados por todo el mundo. Estas pocas y sencillas palabras impusieron á los labradores. El cura de Bouqueval era venerado en el país como un santo, y muchos labradores no ignoraban el interés que tenía por la joven. Sin embargo, se oyeron algunos sordos murmullos, cuya causa comprendió muy bien la señora Adela. Aunque esta desgraciada niña, les dijo, fuese la más infame de las criaturas, aunque estuviese abandonada por todos, no por esto sería menos indigno vuestro modo de proceder para con ella. ¿ Con qué derecho queréis castigarla? ¿ Cuál es vuestra autoridad? ¿ La fuerza? ¿ Y no es una cobardía, y una cobardía vergonzosa en hombres como vosotros, hacer su víctima á una niña sin defensa? Ven, María, ven, querida hija mía, vámonos á casa, allí por lo menos te aman. La señora Adela tomó el brazo de María, y los labradores confusos, y conociendo su brutalidad, se separaron con respeto. Sólo la viuda se adelantó y dijo resueltamente: Esta muchacha no saldrá de aquí, hasta que haya declarado ante el alcalde con respecto al asesinato de mi marido.

— Amiga mía, contestó la señora Adela reprimiéndose, mi hija no ha de declarar aquí, más adelante, si la justicia la llama, yo la acompañaré: hasta entonces nadie tiene el derecho de interrogarla.

— Pero, señora, yo aseguro...

— La desgracia de que sois víctima, dijo severamente la señora Adela, basta apenas para excusar vuestro comportamiento: día vendrá en que os pese haber dado ocasión á tales violencias: esta señorita vive conmigo en la granja de Bouqueval, decidsele al juez que haya entendido en la causa y aguardaremos sus órdenes.

La viuda nada pudo contestar á tan sensatas palabras: sentóse sobre el brocal del abrevadero, y se echó á llorar amargamente abrazando á sus hijos. Á los pocos minutos vino Pedro con el calesín, y en él subieron la señora Adela y María para volver á Bouqueval. Al pasar por delante de la habitación de madama Dubreuil, María vió que Clara llorando medio oculta tras una persiana entrecabierta, saludaba agitando el pañuelo.



Se dejó caer de rodillas, cruzó religiosamente las manos sobre el pecho, cerró los ojos y esperó orando.